

Este audaz Meuris merece ser conocido. No era de Nantes, si no de los Países Bajos, de esa raza particular de la cual han salido quizás los guerreros más ardientes.

En el número infinito de liejeses que formaron en el ejército de la Revolución, hubo verdaderos héroes, soldados que defendían la causa de la República con frenesí. Eran los mismos que en número de trescientos penetraron en un campamento compuesto de 40.000 hombres para matar á Carlos el Temerario.

Meuris estudió las primeras letras en Tournai, población walona, en la que dominaba el espíritu republicano. Como la mayor parte de los hojalateros, herreros y otros obreros liejeses, dió la vuelta á Francia y fué á establecer e á Nantes.

La pequeña población de Tournai era el orgullo de los republicanos. Francesa, en el seno mismo de los Países Bajos, en viva oposición con la pesada población flamenca que la rodea, exageró con frecuencia sus cualidades francesas. Nuestros reyes, viendo una pequeña Francia fuera de la Francia, le concedieron privilegios ilimitados. Un Tito Livio de Tournai ha escrito su historia en cien volúmenes, sus revoluciones, bien distintas á las de Roma.

Tiene sus canciones peculiares, impregnadas de espíritu irónico. Si las gentes de Charette danzaban, los marineros del Loira vengábanse haciendo á su costa chistes picantes. Para esta población de obreros y marinos, Meuris fué como un centro de eléctrica atracción. Pertenecía al club de Vincent-la-Montagne, que creó patriotas tan fogosos como Chauv, Goullain y Bachelier.

Ya veremos los servicios que estos hombres tan calumniados prestaron á su país. Sus cartas patrióticas, respirando amor á la República, á la luz, que tengo en mi poder, causan á su lectura hondos estremecimientos.

La iglesia de Vincent-la-Montagne en que se reunió el club fué el templo en que se juramentó y sus juramentos se cumplieron sobre el campo de la Vendée.

Este club, poco numeroso en una población esencialmente girondina, tuvo fuerza suficiente para conducirla y sostenerla en la verdadera ortodoxia revolucionaria. La energía del club sostuvo á Nantes en el amor á la humanidad.

La administración, que en Marzo creó los batallones de Meuris, tan útiles para la defensa, quiso devolverlos en Junio ó por lo menos depurarlos, separando á los montañeses. Encontróse para esto dificultades y se provocó la creación de una fuerza rival. El día 11 entraron en el Consejo general jóvenes nanteses, empleados, comerciantes, hijos de familia pidiendo la formación de un cuerpo especial. Se intitularon ellos mismos *legión nantesa*, nombre hasta entonces común á toda la guardia nacional. La administración acogió tan benevolamente la idea que les dió una subvención que no les hacía falta. Eran como se com-

prenderá el objeto de los celos de las tropas de Meuris, que habían hecho ya esfuerzos más que suficientes para llamarse con orgullo legítimo *legión nantesa*.

Los sucesos de la batalla de Saumur, la evacuación de Angers y la marcha de los vendeanos hacia el Oeste hizo que callasen unos y otros rivales. Se convino en que todos, montañeses y girondinos, se reunirían en la iglesia para marchar de allí á trabajar en las fortificaciones. Fué esta una admirable proposición de los montañeses. Durante la noche aumentó la excitación revolucionaria. Todos juraron salvar á la Francia (15 de Junio 93).

#### COMBATE A MUERTE DE MEURIS.—LA LIBERACION DE NANTES (27-29 JUNIO 93)

La intimación á la plaza se hizo el 22 de Junio, prometiendo respetar las personas y la propiedad. Promesa inútil; nada hubiera detenido el odio y el furor de los campesinos. De todas partes acudían enemigos de Nantes dispuestos á reducir á cenizas la capital.

En Ancenis, Elbée preparó alojamiento y pan para 40 000 soldados, número que aumentó desde Ancenis á Nantes por la afluencia de hombres del interior y de las costas. Además hay que añadir la columna de Charette que se componía de 10.000 hombres.

Bonchamps con sus bretones debía de atacar por la carretera de París y el castillo.

La división de pointiveses mandada por Stofflet, venía por la carretera de Vannes. La tercera, más fuerte, la de Anjou, seguía la carretera central, la de Rennes, al mando de Cathelineau.

Cuatro mil hombres marchaban por la orilla del río, al objeto de pasar á Nort y reunirse con la columna de Anjou. En cuanto á Charette se le deja al otro lado del Loira, en el sitio precisamente menos accesible.

Todas las carreteras están tomadas y con dificultad llegan los víveres á Nantes. El pueblo en masa está en las calles. El cuerpo administrativo vive en plena inquietud. Durante dos veces propone la sesión permanente. La responsabilidad era grande para los dos representantes del pueblo, Merlin y Gillet.

No era Merlin el célebre jurisconsulto de Douai, hombre de iniciativas para un asunto tan importante y arriesgado.

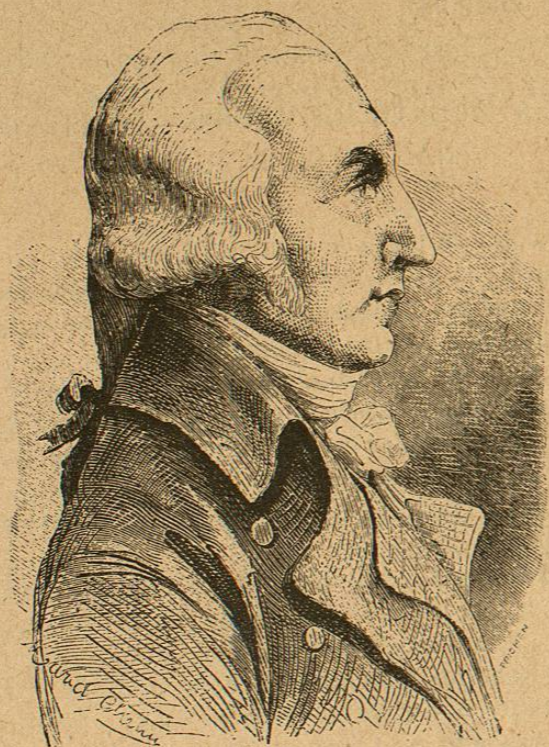
Nantes parecía aislada completamente de Francia. Merlin estuvo escribiendo durante meses carta sobre carta, pero nada consiguió del comité de Salud pública.

Merlin poseía la adhesión de Canclaux, general distinguido, espíritu fuerte y enérgico que había llegado á los cincuenta y cuatro años

con buena reputación de militar, importándole muy poco comprometerla.

Su opinión, como la del comandante de artillería, era la de que la plaza no podía defenderse.

Canclaux no creía más que en las tropas de línea, y no poseía más que cinco batallones de cinco regimientos distintos que pudo arrastrar de las ya desguarnecidas costas. El resto de las fuerzas se componía de



DUCOS.

guardias nacionales de Nantes y de otros departamentos. Las costas del Norte fueron los primeros en enviar guardias; después Ille-et-Vilaine, Mayenne, Maine-et-Loira, Orne-et-Seine Inferior, Seine-et-Oise y finalmente Charente. El bajo Rhin, tan expuesto también, envió auxilios que no llegaron á tiempo. De las guardias nacionales lo que Caudaux poseía mejor eran cuatro compañías de artilleros de París. Todas las fuerzas se componían de un total de diez mil hombres, número reducido para defender la vasta extensión de Nantes.

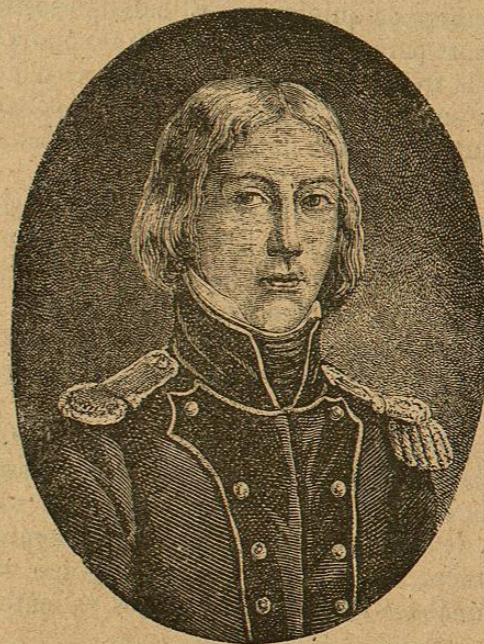
Cuando llegó la intimación, dijo el comandante: «¡Bien, yo no me atrevo á defender la capital!» «¡Yo la defenderé!» dijo el alcalde Baco. «Y yo también—dijo Beysser—vergüenza para los cobardes.» La situa-

ción en que se encontraban los dos partidos era también apropiada para que sus jefes tomaran estas iniciativas.

Los montañeses ansiaban la defensa y Meuris, enviado á un punto muy peligroso de Nort, juró vencer ó dejarse hacer pedazos. Efectivamente el batallón pereció.

Ante esta heroica rivalidad Merlin no podía pensar en abandonar la villa.

La declara en estado de guerra y la somete á su general Canclaux,



PRIEUR.

reservándose abandonar la población al primer aviso de la gente del oficio.

Los representantes del pueblo decidieron que la capital sería abandonada.

Rodeaban ya los vendeanos la población. Era la noche del 28. Sobre las colinas y en las praderas distinguíanse grandes hogueras y fuegos de artificio con los que se hacía señales á las fuerzas de Charette que estaban en la orilla izquierda. Los sitiadores llegaban confusamente, llamándose á grandes gritos para reunirse por parroquias. No teniendo suficiente número de tambores empleaban para las órdenes cuernos de caza.

Era un espectáculo fantástico. Parecía como la resurrección de un

ejército de los tiempos medioevales. Las voces más parecían de bestias que de hombres. Era el terror ambulante, bárbaro y siniestro. En las calles de Nantes se dijo: «¡Ya llegan los bandidos!»

El pueblo estaba conmovido, temblaba á la vez de temor y coraje: Desgraciadamente los soldados de línea que se batieron admirablemente hubieron de declararse en retirada.

Comenzó la evacuación. Cañones, cajas de dinero, los carruajes del general, del representante, todo estaba dispuesto para la partida; un acontecimiento popular cambió la faz de los sucesos.

Un barco condujo por el río Erdre los restos gloriosos del batallón de Meuris, treinta hombres de quinientos. El batallón sostuvo su juramento. Se enterró en Nort para dar ocho horas de tiempo á Nantes. Retardado el ataque por la tremenda oposición de Meuris pudo salvarse Nantes. Digamos mejor se salvo la Francia. Lo dijo Napoleón: Su salud dependía de la de Nantes. ¡Cuánto debe la Francia al batallón inmortal y al hojalatero Meuris!

Nort, pequeña población, centinela de Nantes, sin más defensa que el río que pasa por delante, se sostuvo toda una noche. Al día siguiente una mujer enseñó el vado á los vendeanos. Esta mujer vivió hasta el 1820, siendo la execración de todo el país.

Los caballeros vendeanos, capitaneando un grupo de bretones (excelentes tiradores) pasaron el río y se encontraron frente á frente de Meuris.

Meuris, entre otros valientes, llevaba consigo dos capitanes de los cuales merece hablarse. Uno de ellos era joven, hermoso, amado por los hombres y adorado por las mujeres, un nantés de raza irlandesa, el maestro de armas O'Sullivan, cabeza prodigiosamente exaltada. Era un hombre encantador, tan diestro que cada golpe suyo causaba la muerte. El otro llamábase Foncauld, no menos valiente, pero acusábase cierta ferocidad.

Estos hombres valientes, obstinados, luchando encarnizadamente disputaron el terreno palmo á palmo á la bayoneta. Cuando perdieron Nort lucharon denodadamente sobre una eminencia hasta que quedaron reducidos á un montón de pingajos de carne ensangrentada é humeante. El irlandés casi descuartizado, dijo á Meuris: «¡Déjame á mí y marchate á Nantes para hacer otro tanto!»

Meuris empuñó la bandera. No vió á su alrededor más que treinta hombres, y cubierto de sangre y heridas entraron en Nantes. Fácil es imaginar el efecto que produjo su presencia. ¡Un batallón que había detenido á todo un ejército! ¡La patria conservaría eterno recuerdo de estos héroes!

Tan enardecidos estaban los treinta héroes, que no sentían siquiera sus heridas. Foncauld estaba espantoso. Un golpe que recibió en la cara le arrancó toda la piel; el fuerte bretón, sin asustarse, se puso una mano en la herida, se dirigió al hospital dando vivas á la República.

El pueblo se enardecía extraordinariamente. Habló con los magistrados. Hizo que regresara Merlin que ya se había ido reteniéndole con Constard, que entró en razón finalmente. Merlin, el jurisconsulto, fué obligado á ser héroe.

Si Meuris no hubiera detenido á las fuerzas ocho horas en Nort, Antichamps y sus vendeanos hubieran llegado por la noche. El enemigo llegó tarde, á las diez de la mañana, en pleno y cálido día. Charette no sabía como explicar el silencio del grueso del ejército.

A Charette le faltaba el cuerpo de bretones, cuatro mil hombres que detenidos en Nort, sin barcos hubieron de hacer el viaje á pie. Cuando llegaron los bretones comenzó vivamente el ataque por las carreteras de París, de Vannes y al centro por la de Rennes.

Beysser, viendo que Charette no haría nada serio, condujo las fuerzas del puente que custodiaban á la carretera de París y cargó sobre Bonchamps con furor extraordinario, logrando rechazarlo. En el centro la artillería republicana detuvo á Cathelineau, que no pudo forzar el paso. Canclaux, frío y admirable, contemplaba el combate. Baco, el valeroso alcalde, enardecía al pueblo flotando su blanca cabellera que cubría una cabeza grande en la que se retrataba el valor: «¡Combatamos! ¡Pronto obtendremos la victoria!»

Los girondinos tenían instrucciones precisas del interior de Nantes, de las rivalidades y desconfianzas de montañeses y girondinos.

Cathelineau, según toda apariencia, no atacó de frente la carretera de Rennes. Durante este continuado ataque el astuto jefe que conocía perfectamente el laberinto de pasajes y jardines, llegó con su legión hasta un ángulo de la plaza de Viarme. Antes que pudiera salir de la calle del cementerio para desembocar en la plaza, un zapatero que estaba en su casa vió al hombre con penachos blancos al frente del estado mayor de brigantes, apoyó su fusil tranquilamente sobre la ventana y tiró hasta que cayó el hombre.

La Vendée no pasó adelante. Recibió una profunda herida en el alma.

Comenzaron los vendeanos á sentirse intranquilos.

Sintieron hambre. Dijeron que faltaba pan.

Se acordaron de que el aturdido, el audaz Westermann, fué á tomar á Chatillon mientras ellos iban á tomar Nantes.

Estas graves reflexiones enfriaron el entusiasmo de los vendeanos. Comenzaron á arreglar sus bagajes y se dispusieron á partir. Los generales los vieron y no osaron decir una palabra temiendo que se pasaran al enemigo.

Para celebrar su partida Nantes se ilumina. Todos corren con las armas en la mano. El espectáculo era grandioso. De pié guardias nacionales, nanteses, parisienses, brindaron por la República, por la muerte de la Vendée.

Charette, que desde la pradera vió esta iluminación, esta fiesta,

pensó una fiesta para sí tambien. A las veinticuatro horas desapareció sin que el grueso del ejército lo viese. Los bandidos bailaron un rato y dieron la despedida á Nantes. disparando sobre la población cuatro cañonazos.

Fué este un gran día para la Francia.

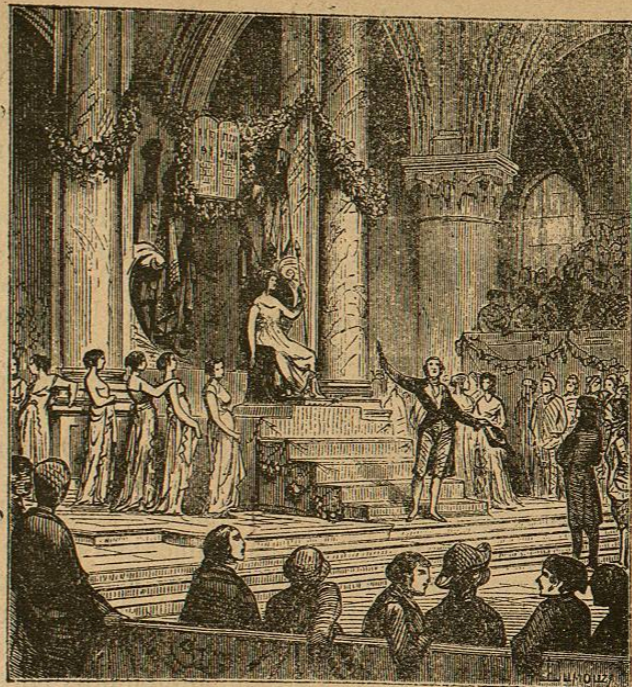
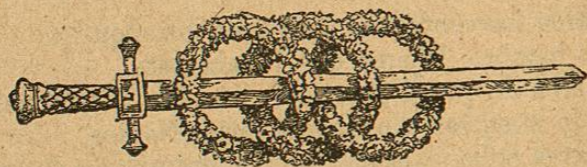
La Vendée se divorció. La muerte de Cathelineau fué el origen. Sin consultar á Charette se nombró general á Elbée (14 Julio).

Cathelineau parecía el elegido de Dios, y sobre el cayeren las bendiciones de los curas para comenzar la guerra civil. Los vendeanos no poseían más que la *fuerza de tribu*.

La insurrección comenzó por parroquias, por familias, por parientes, por tribus. Cathelineau mismo era menos un individuo que una tribu, la de los hombres del Pin-et-Manges. En todas circunstancias Cathelineau se encontró rodeado de esta gente.

Ignoraban el lado verdaderamente serio de la guerra que hacían. Los vendeanos daban á sus mujeres palabra de volverlas á ver en tal fecha y cumplían su promesa el mismo día que habían designado. El abate Bernier trata estas ausencias de deserciones, no comprendiendo que la Vendée debía terminar precisamente el día en que dejara de ser espontánea. Propuso que se instituyeran penas para los que se ausentasen.

¡Este fué un gran procedimiento para convertir á la Vendée en país de patriotas!



## LIBRO IX

### CAPITULO PRIMERO

#### **Esfuerzos para la pacificación. Misiones dantonistas.—Misión de Lindet (Junio-Julio 93)**

La situación juzgada por Danton y Robespierre.—Misiones dantonistas.—La misión de Lindet.

Se ha visto en las páginas precedentes y aún se observará en las que siguen que Danton y Robespierre, aun juzgando la cuestión girondina de distinto modo, coincidían en el fondo y los acontecimientos lo justificaron.

Robespierre creyó con razón que una vez hecho el 2 de Junio la Asamblea debía sostenerlo y mantuvo esta tesis ante los espantables peligros de una guerra civil.

Danton creyó con la profunda convicción de sus sentimientos en la unidad de la patria cuando la suponían dividida. Dejó que se dijera de los girondinos que eran realistas, pero creyó que en su inmensa mayoría eran republicanos.

Las violencias, los furores, las locuras de los girondinos no le im-